

y compuso muy discretos estudios críticos, sobresaliendo entre ellos las lecciones de literatura dramática que pronunció en el Ateneo y que se imprimieron después, aunque no por completo.

Lista fué individuo de la Real Academia Española y de la de la Historia.

Don Javier de Burgos más que como personaje político y más que como poeta original, es célebre por su completa traducción de Horacio, censurada por muchos críticos, entre quienes sobresale D. Andrés Bello, pero encomiada por otros con más razón y con mayor imparcialidad sin duda, aunque tal vez algunos, como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, vayan más allá de lo justo en el encomio. Sería difícil empeño y exigiría largo y concienzudo examen la demostración de lo que presume ó da á entender el Sr. Menéndez: que la mejor traducción de Horacio, hecha en verso y en una lengua neolatina es la de Burgos. Contentémonos nosotros con afirmar que esta traducción no desmerece de la italiana de Gargallo, con la que fácilmente puede ser comparada en la edición poliglota de Horacio dada á la stampa en 1834 por J. B. Monfalcon en la ciudad de León de Francia.

Si aisladamente comparamos la traducción de

algunas odas hechas por Burgos con las de otros autores, también en verso castellano, Burgos queda vencido á veces. El mismo Sr. Menéndez confiesa además que la epístola á los Pisones sobre el arte poética, está mejor traducida por Martínez de la Rosa que por Burgos, y aún está también más fielmente traducida por D. Juan Gualberto González. De todos modos Burgos conserva para sí el mérito singular de ser el traductor en verso de todo Horacio, mérito que resplandece con mayor claridad en las epístolas y en las sátiras, «intactas aún en castellano cuando Burgos escribía, y llenas de bruscas ó rapidísimas transiciones, de giros extraños, de frases obscuras, de alusiones á cosas recónditas y apartadas de la común noticia.»

Acaso tenga más fundamento, cuanto dice el Sr. Menéndez, no ya en alabanza de la traducción misma, sino de las notas, escolios ó comentarios con que Burgos la enriquece y la aclara. El chiste de Gallardo, aunque sea chiste, es, á mi ver, injusto. Si la memoria no me es infiel, Gallardo fué quien dijo que Burgos había convertido á Horacio Flaco en Horacio Gordo; pero el chiste no tiene valer razonable si la abundancia de escolios y de notas se necesita ó conviene al menos, para poner el texto en claro y comprender bien cuanto el lírico de Venusa quiso decir y dijo. Bueno es, no obstante, hacer una distinción que á cualquiera se le ocurre. Si la obscuridad del texto depende, no de hechos, usos ó costumbres á que el texto alude y que el

lector de nuestros días ignora, sino de la concisión latina, que en balde y sin ser obscuro ha querido el traductor imitar en castellano, me parece que entonces más que poner escolio ó nota á lo traducido hubiera valido traducir claramente, sin que la traducción sea prueba, como pretende el Marqués de Valmar, de que Horacio es *intraducible* en verso. Según el citado Marqués la estricta fidelidad al poeta latino y el difícil empeño de competir con él en concisión, hacen que la obra al ser traducida, sea calumniada y tal vez se entienda menos que en latin en la lengua en que se traduce.

En las poesías originales donde Burgos no tiene que hacer violentísimos esfuerzos para encerrar en breves palabras, rítmicamente ordenadas lo que Horacio dijo breve, enérgica y dichosamente en su propio idioma, Burgos es un elegante y hábil versificador y acierta á decir cuanto quiere con primorosa nitidez de estilo, al través de cuya limpia transparencia se perciben bien sus ideas y sus sentimientos. No es Burgos un poeta espontáneo de fácil y popular inspiración, pero hay en sus versos la tersura, la gala y la elevación en el sentir y en el pensar de un entendimiento superior y tan cultivado é ilustrado por el estudio como el suyo era.

No me incumbe juzgar aquí á Burgos como poeta dramático ni menos aún como hombre de Estado. Quede á los que escriban nuestra historia política el juzgar lo que á Burgos debe España y lo que Burgos hizo por España cuando fué

Ministro de Fomento en 1833 y Ministro de la Gobernación en 1846.

Nació Burgos en Motril el 22 de Octubre de 1778, y murió en Madrid el 22 de Enero de 1848.

Don Manuel Bretón de los Herreros es, sin duda, el más original, fecundo y castizo de nuestros poetas del siglo XIX. El mismo Zorrilla es inferior á él en las tres mencionadas cualidades.

Proviene la originalidad de Bretón, de que no se inspira en sucesos antiguos, históricos ó tradicionales, ni en cosas que ya pasaron, más ó menos transfiguradas por la fantasía, ni en ideales y creencias de otros siglos, sino en la visión directa, clara y distinta del mundo, de la sociedad y de los seres humanos que viven cuando vive el poeta y que respiran en el medio ambiente en que él respira.

Al escribir Bretón de esta suerte á nadie imita en el fondo, ó sea en la esencia, en la materia prima de sus obras de arte. Todas ellas nacen de la contemplación inmediata de la naturaleza y de una rara habilidad, para imitarla y copiarla, realizando la imitación ó la copia, hermo세ándola y poetizándola con fácil y singular primor de estilo, con rico y galano lenguaje y con maravillosa destreza para encerrar en los versos, presándole duradera consistencia, un tesoro de juveniles agudezas y de chistes, más que satíricos, festivos y jocosos.

En esta jovialidad de Bretón, que pinta y corrige los vicios, con risa más bondadosa que amarga, reside su principal hechizo. Ciertamente el poeta rara vez penetra en las profundidades del alma humana. Las grandes y vehementes pasiones que en ella nacen no suelen ser objeto del estudio de Bretón, lo cual si debilita no poco la fuerza de su ingenio para ser poeta trágico, sirve para llevarle sin extravío al conveniente punto de vista desde donde contempla y luego representa el mundo y las cosas humanas, no para mover las almas con la compasión y el terror, sino para provocar en ellas una risa, más que cruel y burlona, benigna y regocijada.

Para Bretón son, pues, campo inexplorado donde él no se empeña en entrar ni entra impulsado por un poder irresistible, las cuestiones filosóficas, los problemas políticos, sociales y hasta religiosos cuya obsesión pesa en el día sobre tantos entendimientos é induce á los poetas, á los novelistas, á no pocos de los que componen obras de imaginación á depositar aquella carga mental en dichas obras, ya para desahogo y descanso, ¡ya para que sus lectores ó sus oyentes participen de sus ideas, acepten sus afirmaciones, tengan sus mismas dudas y nieguen ó creen lo que ellos niegan ó creen.

La más rica manifestación del ingenio bretoniano ha sido en el teatro. Y esto no sólo porque la cualidad de tal ingenio era más apropiado para la poesía dramática que para ningún otro género de poesía, sino porque en España

se conserva ó se refugia en el teatro, lo más popular, lo más persistente de nuestra vida intelectual hasta cuando el espíritu de la nación está como aletargado y parece que no piensa en nada. Á nuestra literatura dramática se debe, en mi sentir, que no haya solución de continuidad en la historia de nuestra literatura: en que persista sin romperse el hilo de esta historia, en lo que tiene de nacional y divulgado y no ya en lo que excita la mente é induce á la acción de cierta minoría aristocrática, cuyo pensar y cuyo sentir, tal vez venidos de fuera, no comprende ni comparte el vulgo.

Durante el primer tercio del siglo XIX, y en cierto modo también durante el segundo tercio, se realizó en España una gran revolución que lo cambió todo: leyes, usos y costumbres; pero las teorías que produjeron tan grandes cambios apenas habían penetrado en el espíritu del pueblo, el cual las llevó ó contribuyó á llevarlas á la práctica, no por reflexión, sino por instinto y entusiasmo ciego. La baja plebe, lo más hondo de las capas sociales permaneció durante mucho tiempo en el sentir y en el pensar antiguos, mientras que cierta aristocracia del saber y del entendimiento inventaba ó importaba de tierras extrañas principios y doctrinas, por cuya virtud quiso transformar y transformó al cabo la faz de la nación toda.

En este tiempo fué cuando Bretón escribía. No quiso, no supo ó no fué su vocación representar en sus obras á la baja plebe, como por

ejemplo D. Ramón de la Cruz había hecho, y no quiso ó no supo tampoco retratarnos esa minoría, esa improvisada aristocracia, directora y agitadora de que hemos hablado. Bretón, pues, casi se limitó á pintarnos la clase media, según él superficial, pero distintamente la veía, y en la cual, sin que ella lo premeditase y con plena conciencia lo advirtiese, se iba realizando y al fin se realizó la transformación más completa.

Los amoríos, las intrigas domésticas, los defectos y extravagancias, los caprichos de la moda, todo esto, someramente percibido, sirvió á Bretón para tramar y urdir el ligero y pintoresco tejido de sus lindas comedias originales, que pasan de ciento. Como no presumía de profundo observador psicológico, lo que presta por lo común individualidad distinta á sus personajes, y constituye sus caracteres, es casi siempre más exterior que íntimo. Un pedante de lugar que habla y compone versos en estilo gongorino; un señor que abusa al hablar de los sinónimos; un rico labriego que pondera las excelencias de la vida campestre y reniega de las elegancias cortesanas; la hija de un dómine que rellena su conversación de frases y vocablos latinos; un hablador furibundo; un comerciante que hasta para piropear, enamorar y pretender á una dama emplea las frases técnicas comerciales; varios románticos y románticas que parodian graciosísimamente en su lenguaje y ponen en caricatura cierta fraseología, cierto pomposo á par que tétrico lirismo que la flamante escuela literaria

puso de moda; tales fueron los medios de que principalmente se valió Bretón para deleitar y hacer reír á sus lectores y á sus oyentes en el teatro.

El enredo ó argumento de sus comedias fué casi siempre muy sencillo. La lección moral que en ellas daba era sana, se fundaba en el recto juicio y estaba poetizada y se hacía simpática, merced á la bondadosa sensibilidad del poeta que así en la acción como en las personas que tomaban parte en ella, se mostraba y resplandecía. Lo ruin y lo vicioso, la maldad ó la bajeza, que Bretón presenta y fustiga en sus fábulas, nunca ó rara vez traspasan los límites de la ridiculez y llegan á inspirar odio y horror mucho menos.

En suma, Bretón nos dejó en su rico teatro una animadísima galería de bonitos y fieles retratos y de animadas figuras en que aparece al vivo toda la clase media, todo lo que hoy se llama ó vuelve á llamarse burguesía, tal como fué especialmente en la primera mitad del siglo xix.

Es de notar y muy de maravillar que no se oponga, sino que se concierte muy bien, con la evidente fidelidad de esta pintura, en cuanto hay de sustancial en ella, el espléndido adorno, la riqueza de luz, de color y de galas que derrama Bretón sobre todos sus cuadros con su espontáneo y fácil estilo, y con la destreza magistral y pasmosa con que versifica, haciendo hablar á sus personajes en toda clase de metros y

combinaciones de rimas difíciles, sin que al sustraer mentalmente esta poesía de la forma, dejemos de hallar la verdad en el fondo mismo. Suprimidos los primores poéticos de Bretón, así lo que sienten y piensan sus personajes, como lo que dicen, es exacto trasunto de la verdad: es lo vivido, bien observado y hábil y graciosamente copiado.

La acusación de vulgaridad y de mal tono, que contra Bretón han lanzado muchos, es á mi ver completamente infundada. Así como Bretón no se propuso jamás pintar la baja plebe, ya para zaherir sus vicios groseros, ya para hacer que calzasen el coturno los héroes tabernarios y justificasen ó hermozasen poéticamente sus delitos ó sus pecados, así tampoco tuvo empeño jamás en que su musa le introdujese en los regios palacios ó en los perfumados y misteriosos gabinetes, alcobas y *boudoir* de las princesas, de las duquesas ó de las opulentas, refinadas y caprichosas aventureras, en nuestro país poco comunes entonces. Bretón, según ya hemos dicho, se limitó á retratar lo que más de ordinario veía: una clase media harto más pobre, más modesta y más falta de perfiles y requisitos lujosos que la del día: una clase media, en suma, valiéndonos de una expresión harto familiar, pero muy expresiva, á la *pata la llana*.

Es curioso fenómeno el que se realiza en nuestro país durante el período más activo y fecundo de la vida literaria de Bretón. En dicho período se desbarata y queda perdido para nos-

otros un inmenso imperio: el mayor, por la extensión territorial al menos, que ha habido en el mundo desde que se conservan memorias y documentos de las edades pasadas. España casi ha venido á quedar reducida y encerrada en los estrechos límites que el mar, el Pirineo y el reino lusitano trazan en torno de ella; pero, por caso extraño, cuando todavía era poseedora de imperio tan dilatado, estaba más atrasada con relación á otras naciones de Europa; era más débil y mucho más pobre que en el día. La vida de su clase media era harto poco lujosa. No brillaba por su esplendidez ni por sus refinamientos la escena en que Bretón tuvo que representar dicha vida. Mientras que políticamente hemos ido hundiéndonos más cada día, el progreso material, el movimiento ascendente del comercio y de la industria de toda Europa, nos ha llevado tras sí como á remolque, y ha hecho que prosperemos y progreseemos. Cuando Bretón empezó á escribir desde 1824 y tal vez hasta mediados de aquel siglo, España era muy otra de la que es hoy. Bretón no podía representársela sino como era, y aun así, lejos de rebajar las elegancias y suntuosidades de aquella época, Bretón las exagera y les da brillo con el barniz de su poesía. ¿Quién no recuerda, si ya es viejo lo que todavía era Madrid en 1840, pongamos por caso? Su extensión, mucho menor; sus calles más tortuosas, estrechas y sucias; no había coches de punto; los coches particulares eran pocos, los simones raros y malos; apenas había agua para

beber y guisar y escasísima para que pudiera lavarse más que la cara y las manos quien sentía tal necesidad ó tal capricho; el portal de cada casa, por lo común sin portero, era un muladar asqueroso; los vidrios de las ventanas no eran mayores que una cuartilla de papel, y tan verdosos y llenos de burbujas, que si algo se traslucía por ellos poco se transparentaba; el menaje de las casas era por lo general humilde y anti-artístico; esteras de esparto en vez de alfombras, sillas baratas, muebles mezquinos y en vez de chimeneas, braseros con camillas, en torno de las cuales se sentaban, cubriéndose las piernas con la bayeta que colgaba alrededor, las personas asistentes en una tertulia de confianza, lo cual daba ocasión, que nuestro poeta califica de *lisongera*, á

Los hurtillos que consiente
La camilla confidente
Del brasero.

Añádase á todo lo dicho el perverso olor que infestaba muchas habitaciones, mezclándose con el de la cocina y saliendo de un lugar indispensable puesto en ella ó cerca de ella y donde siempre faltaba agua corriente para limpiar y desatascar ciertos conductos.

Tal era el Madrid de entonces, si hemos de hablar con franqueza. Bretón, pues, lejos de *despoetizar* y *deselegantizar* la vida de entonces, la poetiza y la elegantiza prestándole además la alegría inocente, tan propia del carácter ó del temperamento de aquel bondadoso poeta, opti-

mista en el fondo. El Marqués de Molins que ha hecho un libro precioso y ameno, escribiendo la vida de Bretón, supone que éste, perseguido y amenazado por milicianos nacionales progresistas, contra los cuales se había permitido algunas burlas candorosas, se puso muy tético, misántropo y desconfiado durante los últimos años de su vida, y singularmente de 1840 á 1844 ó á 1845.

No he de negar yo que por entonces afligiesen á Bretón recelos y temores harto fundados y la amargura y la pena de imaginar que el favor del público iba abandonándole, y que la severidad de los críticos frisaba en injusticia, en odio ó en envidia cruel cuando le juzgaban. Tales sentimientos, con todo, no afectaron á mi ver sino el haz y no el centro del alma de Bretón, cuya tranquilidad y cuyo contento pronto renacieron allí y no le abandonaron nunca.

El favor del público no le abandonó tampoco. A pesar de los milicianos nacionales ofendidos y á pesar de los Aristarcos ó más bien de los Zoilos, cuyos pinchazos lastimaban demasiado á Bretón por la misma delicadeza de su espíritu, el público siguió estimándole, amándole y aplaudiéndole hasta el fin de sus días, sin que su merecida fama póstuma se haya eclipsado después ni amenace eclipsarse en lo futuro.

La inestabilidad de las modas, las caprichosas variaciones del gusto, que tanto afectan al gran público que acude á los teatros, harán acaso que las comedias de Bretón se pongan en adelante

rara vez en escena, pero dichas comedias serán siempre para el público escogido y culto de los lectores, que se agranda más cada día, un bello monumento histórico de la vida humana y de las costumbres de una época: honesto pasatiempo rico de amenidad y de gracia, donde, si bien hay poquísimas profundidades y elevaciones, tampoco se advierten extravagancias ó delirios: todo es morigerado, juicioso, decente y muy conforme con el sentido común sin excluir por eso el regocijo y las alegres burlas.

Las principales comedias de Bretón, en que tales prendas lucen y tales excelencias se contienen, retratando con fidelidad á la gente con quien él vivía, son: *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, *Marcela ó ¿á cual de los tres?*, *Un novio para la niña*, *Un tercero en discordia*, *Todo es farsa en este mundo*, *El amigo Mártir*, *Una de tantas*, *Muérete y verás*, *Ella es él*, *El poeta y la beneficiada*, *El hombre pacífico*, *El que dirán y el que se me dá á mí*, *Un día de campo*, *El pelo de la dehesa*, *Don Frutos en Belchite*, *Dios los cria y ellos se juntan*, *Cuentas atrasadas*, *Mi Secretario y yo*, *La escuela de las casadas*, *Un novio á pedir de boca*, *Un francés en Cartagena*, *Mi dinero y yo*, *La escuela del matrimonio*, *El valor de la mujer* y *La hipocresía del vicio*.

Ya se entiende que sólo citamos aquí, si no todo lo mejor, lo que nos parece más característico del poeta, cuando retrata á sus contemporáneos.

Como comedias de enredo ó intriga, donde tal

vez imita, según en aquellos tiempos podía imitarse, el movimiento, los lances y el estilo de las producciones teatrales del siglo xvii, pueden citarse, *No ganamos para sustos*, *¿Quién es ella?* y *La batelera de Pasajes*.

Bretón tocó también con discreción y acierto los demás registros, teclas y cuerdas del órgano teatral. Escribió tragedias, dramas históricos y románticos, refundió muy bien varias comedias del teatro antiguo y tradujo, arregló y adaptó á la escena española, casi siempre mejorándolas, más de sesenta obras extranjeras.

La fertilidad de Bretón como dramaturgo no disminuyó el caudal de su rica vena como poeta lírico, satírico y elegíaco. Abundante producto de esta vena es la multitud de octavas, tercetos, sonetos, canciones, romances y letrillas que nos ha dejado, brillando en todo ello las mismas cualidades de habilísimo versificador y de hombre chistoso y alegre con inocente malicia, que hacen tan simpáticas, tan agradables de leer y tan propias sus obras dramáticas todas.

Nosotros, en este Florilegio, sólo podemos dar una pequeña muestra de la riqueza de Bretón, como lírico y no como dramático.

Su biografía, en la que el Marqués de Molins ha empleado un tomo de 560 páginas de grata é interesante lectura, será menester que aquí se compendie y reduzca á muy pocos renglones.

Nació Bretón en Quel (Logroño), el 19 de Diciembre de 1796. Desde su niñez mostró su invencible vocación y su pasmosa aptitud para la

poesía, componiendo versos á millares. Estudió primeras letras y algo de latinidad en las Escuelas Pías de San Antón, en esta villa y corte. Entusiasmado por el amor á la independencia de su patria y por el odio á los invasores franceses seató plaza de soldado, durante la guerra napoleónica. Hasta el año de 1822 sirvió en el ejército. En aquel período de su vida, le ocurrió un lance, que en gran parte permanece velado en el misterio. Lance que le costó la pérdida de un ojo y del que conservó siempre señal y recuerdo en una gran cicatriz que le cruzaba el rostro: cruda venganza acaso de celoso rival, con ocasión de los favores de alguna mujer liviana, por quien es de suponer, considerada la indole de nuestro poeta, que fué, más que seductor, seducido.

Fuera de este lastimoso percance, fundamento sobrado para quejas contra Fortuna, bien puede asegurarse que esta veleidosa deidad fué con Bretón propicia ó mejor dicho justa, recompensando como debía su extraordinario mérito, su talento, su laboriosidad y su noble, honrado y simpático carácter. Poco pesan las censuras que lanzaron contra él sus émulos, si en el otro platillo de la balanza se ponen los elogios sinceros, los sonoros y nutridos aplausos, la alta estimación y el afecto, que en los teatros y en el liceo, recibió del público, y en todas partes de sus amigos que desde su primera mocedad hasta el término de su vida, fueron muchos, buenos y leales, figurando entre ellos personajes de los más ilustres en armas y en letras que figuraron entonces.

Cuéntanse entre ellos, su ya mencionado biógrafo D. Mariano Roca de Togores, después Marqués de Molins, el bizarro é ilustre D. Juan de la Pezuela, hoy Capitán General y Conde de Cheste, el simpático Grimaldi y su mujer Concepción Rodríguez, reformadores de nuestro teatro, el excelente actor y poeta lírico Julián Romea, y Pacheco, y Pastor Díaz, y el Conde de San Luis y otros muchos sujetos de valer é influjo. A ellos y á sus propios merecimientos que ellos reconocían, debió Bretón, aunque nunca en realidad tomó parte en nuestras contiendas políticas, los importantes cargos públicos que desempeñó y los honores que obtuvo, tan adecuados y conformes á la calidad de su talento y á la profesión y ejercicio en que le mostraba. Fué Director de la Imprenta Nacional y de la *Gaceta*, Director de la Biblioteca Nacional, académico de número de la Real Academia Española y por último, Secretario perpetuo de la misma Academia en reemplazo de D. Juan Nicasio Gallego.

Lo que más lisonjeaba y enorgullecía á Bretón, con más motivo entonces que ahora, porque entonces era negocio dificultosísimo y triunfo que casi por milagro se lograba, fué el haber podido vivir con cierta holgura, dignidad y decoro, hasta con coche, en cuya charolada portezuela hizo pintar una lira y una máscara, y el adquirir todo esto sin empleos del Estado, sin tomar parte en empresas industriales ó mercantiles y sola y únicamente con su labor literaria.

Celebrado y querido de todo el mundo y ro-

deado y cuidado en sus últimos momentos por cariñosos individuos de su familia y otros parientes y amigos, murió Bretón en Madrid, no en la vivienda que la Academia Española tiene para su Secretario y que él había abandonado, dos años antes jubilándose de aquel empleo, sino en su particular habitación, calle de la Montera. Perdió nuestra patria á este eminente ingenio el día 8 de Noviembre de 1873.

Don Serafín Estébanez Calderón dió asunto á su ilustre sobrino don Antonio Cánovas del Castillo para escribir una obra en dos gruesos volúmenes con el título de *El Solitario y su tiempo*. El mismo Cánovas explica la extensión de esta obra y el amor con que está escrita, declarando con muy sentidos y combinados afectos de gratitud y de arrogancia que su tío D. Serafín es «la única persona de este mundo á quien ha debido auxilio y protección, porque todo lo demás lo había conseguido ó conquistado sin debérselo absolutamente á nadie, sino á él propio». Como quiera que ello sea, y aunque D. Serafín no hubiese por rara excepción protegido y auxiliado á Cánovas, siempre merecería que España le recordase y que su memoria, sus trabajos y no pocas de sus composiciones en prosa y en verso fuesen celebrados y ensalzados.

En mi sentir, el mérito de Estébanez Calde

rón estriba principalmente en dos estimables cualidades de su talento y de su carácter.

En una época en que se menospreciaba no poco nuestra antigua cultura, olvidados, arrumbados ó perdidos muchos de sus monumentos literarios, y en que la poesía y todo libro de imaginación habia de sujetarse á las reglas y fundarse en la imitación de los antiguos clásicos latinos y de los modernos franceses, Estébanez Calderón contribuyó á restaurar el gusto castizo y netamente español, ya reuniendo y coleccionando libros antiguos, como D. Bartolomé José Gallardo y D. Pascual Gayangos, ya restaurando ó haciendo revivir en lo que él escribía, y esto sin colaborador ni rival que se le igualase, el primor y la riqueza en frases y giros, la lozania y la gracia y el puro sabor de nuestros más hábiles poetas y prosistas del siglo XVII, cuando no con toda la espontaneidad que ellos tuvieron, sin muchas de sus faltas de crítica, de sobriedad y de buen gusto.

De esta suerte Estébanez Calderón concurrió benéficamente á poner, en el florecimiento literario que hubo en España, con la venida del romanticismo, la parte más nacional y más exclusivamente nuestra de cuantos elementos le compusieron. Tal vez fué Estébanez Calderón menos erudito, menos afortunado y rico colector de libros que Gallardo y Gayangos, y menos profundo crítico que D. Agustín Durán para rehacer y dar estimación á nuestro Romancero y para desagaviar y encomiar nuestro antiguo

teatro, mal comprendido y apreciado durante no poco tiempo. Pero, cuando no por la erudición y por la crítica, por el esfuerzo de su entusiasmo y de su fantasía, consiguió más que los otros produciendo por inspiración y por imitación esmeradísima y dichosa revividos modelos, dechados admirables del antiguo estilo, ya en prosa en las *Escenas andaluzas*, ya en verso, en composiciones dignas de Quevedo ó de Góngora, ó en romancillos, como *La miga y la escuela* y *La niña en feria*, que en este FLORILEGIO insertamos, y que son, singularmente, *La niña en feria*, una delicada y primorosa filigrana.

La novela y el cuento, poco cultivados en España durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX, volvieron á cultivarse, siguiendo las huellas de escritores ingleses y franceses, que en dichos géneros se habían distinguido con general aplauso y extensa fama. También en este punto se señaló Estébanez Calderón, prestando en *Las escenas andaluzas* originalidad notoria y sello peculiar é indígena á los usos y costumbres, lenguaje y estilo, fisonomía y traza de los personajes que pintaba. En todo ello, considero yo á Estébanez Calderón, aunque hartó menos popular y menos fecundo, de más transcendencia y benéfico influjo, y de más acendrados quilates, cuya alta estimación ha de durar más, aunque hoy se rezonozca menos, que los cuadros de costumbres de *El Curioso Parlante* y aun que los de Larra ó Figaro, que escribieron cuando él y que fueron mucho más aplaudidos.

Sobre las referidas excelencias, Estébanez Calderón se recomendaba por su afable y ameno trato, por sus agudezas y chistes y por la bondad y el cariño con que apadrinaba y animaba á la juventud estudiosa. No fué Cánovas, su único protegido y auxiliado. Otros hubo, que si no rayaron tan alto, enriquecieron las letras patrias con sus estudios y adquirieron celebridad merecida. Bástenos citar como ejemplo de esto á don Francisco Javier Simonet, distinguido arabista, autor del *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los morárabes*, de las *Leyendas históricas orientales* y de otras obras muy importantes, una de las cuales, premiada por la Real Academia de la Historia, no sabemos por qué permanece inédita todavía.

Reconozco mi incompetencia para decidir hasta qué punto era Estébanez Calderón, conocedor de la lengua arábica de la que por breve tiempo tuvo cátedra en el Ateneo. Bien pudo con todo jactarse Estébanez Calderón por el mismo estilo que el monje Bermudo del antiguo romance cuando decía:

Si no vencí reyes moros
Engendré quien los venciera.

Si Estébanez Calderón no fué muy señalado arabista engendró espiritualmente y tuvo por hijo y discípulo á D. Francisco Javier Simonet que lo fué sin duda.

No negaré, á pesar de lo expuesto, que personas más competentes que yo puedan demos-

trar los conocimientos arábigos de Estébanez Calderón y los sazonados frutos que sacó de ellos y que avaloran su *Manual del oficial en Marruecos* y su precioso discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, donde trata de las milicias cristianas y de los aventureros españoles que hubo en los Estados mahometanos del Norte de Africa, punto muy interesante que tal vez Estébanez Calderón dilucidó primero, y sobre el cual ha escrito recientemente una bella y erudita disertación D. José Alemany.

Otro trabajo histórico emprendido con entusiasmo por D. Serafin fué la historia de la Infantería española, del que sólo escribió y nos dejó como muestra algunos fragmentos muy elocuentes y ricos en interesantes noticias, como su descripción de los almogábares.

De la vida de D. Serafin poco consiente que digamos la inevitable brevedad de estas notas. Nació en Málaga el 27 de Diciembre de 1799 y murió en Madrid el 5 de Febrero de 1867. Siguió la carrera de Derecho en la Universidad de Granada y llegó á ocupar muy altos empleos. Fué Ministro togado del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, Consejero de Estado y Senador del Reino. Como orador parlamentario no logró ni tuvo conatos de distinguirse. En política intervino poco, mostrándose siempre muy conservador dentro de un templado liberalismo.

En el año de 1849 conocí yo á Estébanez Calderón, hallándome en Nápoles, agregado á la Embajada y siendo él Auditor del ejército espa-

ñol que contribuyó á la restauración de Pío IX en Roma. Desde entonces, hasta el fin de su vida, me distinguió él con su buena amistad y sus consejos literarios. Cuando yo andaba ausente, ya en Lisboa, ya en Río de Janeiro, ya en Dresde, ya en otras cortes de Alemania, siempre estábamos en correspondencia epistolar y no fueron pocos los libros antiguos y raros que logré adquirir para él y enviarle. Estando en Madrid, á menudo era yo de los convidados á los espléndidos banquetes que él daba para hacer valer las excelencias de nuestra cocina castiza. Próspero Merimée, que solía venir á Madrid con frecuencia, nos acompañaba y se deleitaba en tales banquetes, agasajándonos en pago en París cuando por allí íbamos.

Don Agustín Durán, erudito y discreto critico, trajo con sus estudios sobre nuestro Romancero y nuestro teatro el elemento más nacional á la revolución literaria, llamada romanticismo, cuyo impulso inicial puede decirse que vino entre nosotros de Alemania y de Inglaterra, pasando por Francia. Su brillante y sabia apología del antiguo teatro español, escrita ya en 1828, su juicioso examen de las comedias de Tirso y su admirable artículo acerca del drama religioso y en elogio de *El condenado por desconfiado*, divulgan en nuestro país una estética más alta y más filosófica, libre

y exenta ya de los preceptos convencionales que aprisionaban á los ingenios.

Todavía fué mayor el servicio que hizo Durán á las letras patrias, coleccionando, juzgando y mostrando el extraordinario valer de nuestros antiguos romances. Así abrió ó allanó el camino que otros doctos escritores, como D. Manuel Milá y Fontanals y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, han seguido más tarde, para poner en claro conocimiento de todos la poesía épico-popular de los españoles, la más rica acaso de los pueblos de Europa: poesía que dimana de las antiguas *Canciones de gesta*, aristocráticas en su origen, en su forma con algo de exótico é importado, y quizás por la primitiva rudeza del lenguaje, no llevadas á perfección artística. La informe riqueza, el rudo tesoro que aquellas *Canciones* contenían hubo de derramarse copiosamente desde antes de mediado el siglo xv, en más alto y fácil estilo, en versos octosílabos y asonantados, creándose así los que en estricto sentido se llamaron romances, epopeyas fragmentarias y breves, las cuales, enlazadas á veces por el hilo de una singular historia, componen algo á modo de una sarta de perlas de maravillosa hermosura. La producción de esta poesía épico-popular llega hasta nuestros días, y Durán contribuyó, antes y más que nadie, á elevarla de nuevo de la postración y del injusto menosprecio en que había caído.

Desde 1828 empezó á publicar colecciones de romances: primero los moriscos, después los

amatorios y jocosos, y por último los históricos y caballerescos. Reunidos todos estos romances, aumentado su número en gran manera, clasificados y ordenados é ilustrados y precedidos de un discurso preliminar interesantísimo, dió Durán á la estampa en 1851 su *Romancero general*, en dos gruesos volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

Inspirado por la lectura de dichos romances, é imitando con gracioso primor el estilo y lenguaje de los más antiguos, Durán se mostró poeta, componiendo dos bonitas leyendas, en sendas series de romances, titulada una de las leyendas *La Infantina de Francia* y sus amores con el hijo del Rey de Hungría, y titulada la otra *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor*. De esta segunda leyenda hemos tomado los versos de Durán que contiene nuestro FLORILEGIO.

Sobre la vida de Durán, sin entrar en pormenores que no caben en el plan que me he trazado, sólo diré que nació en Madrid en los últimos años del siglo xviii, que en 1839 fué recibido como académico de número en la Real Academia Española, y que murió en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1862.

Don Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, capital hoy de la República Argentina, en el día 14 de Julio de 1807.

La circunstancia de haber nacido en la men-